

Exploración arqueológica en 'El Caney del Pesquero', sur de Camagüey

Omelio N. Caballero Agüero.

Departamento de Marxismo e Historia, Universidad de Ciencias
Pedagógicas "José Martí". Camagüey.

Para que las estrategias de educación ambiental alcancen la efectividad que se espera de ellas y produzcan los cambios que se necesitan en la actitud de los ciudadanos, constituye un imperativo trabajar en función de desarrollar en estos últimos su sentido de pertenencia y responsabilidad ante el entorno que los rodea. Enmarcada en esta prioridad, Monteverdia aborda en este número una temática de especial significación en el contexto ambiental contemporáneo: el estudio y conservación del patrimonio arqueológico.

El estudio de las evidencias arqueológicas de las comunidades primitivas, tanto en Cuba como en el resto de las Antillas, lejos de haber cubierto todo el territorio, mantiene

aún importantes espacios en blanco, fruto del tardío interés de los investigadores en áreas mucho menos atractivas que las grandes culturas de América y el escaso apoyo oficial a estas investigaciones. Sin embargo, la destrucción de ese patrimonio ha ganado terreno, fundamentalmente por entrar en conflicto con intereses económicos.

El trabajo profesional en este campo se inició en Cuba después del triunfo revolucionario del 1 de enero de 1959, gracias a la creación, en febrero de 1967, de la Academia de Ciencias de Cuba y su Sección de Arqueología, institución que de inmediato inició la tarea de sentar las bases teóricas de las futuras investigaciones.

Toda la etapa prerrevolucionaria se caracterizó por el esfuerzo honesto y abnegado de los estudiosos cubanos de estas disciplinas, que se desempeñaron en condiciones económicas y sociales sumamente difíciles. Se trataba de abogados, médicos, ingenieros, profesores, etc., que sólo podían dedicarle a esta ciencia sus ratos libres, trabajando aisladamente o con limitada capacidad de intercambio. No obstante, la dedicación y el espíritu científico de algunos investigadores, produjo un importante caudal de referencias.

Fernando Ortiz publicó en 1935 su Historia de la Arqueología Indocubana, en la cual, con una extensión de 430 páginas, aparecen citadas más de 300 obras realizadas tanto por autores extranjeros, como es

el caso de Walter Ferwkes (con 21 obras referidas a las Antillas en general), como cubanos, entre los cuales resalta Luís Montané y Dardé (con 13 títulos relacionados, en específico, con la mayor de las islas del Caribe). Referenció también el aporte realizado por los cronistas de Indias, así como por otros viajeros, etnólogos, filósofos e historiadores.

Como parte de un fuerte movimiento cultural que vivió el país a partir de 1920, se sumaron a la ciencia arqueológica numerosos profesionales de diferentes perfiles y mucho prestigio, pero que tampoco tenían a esta como ocupación principal. Entre ellos predominó el modelo de trabajo de campo y de gabinete utilizado por los arqueólogos europeos de finales del siglo XIX, que se enmarca dentro de la tendencia positivista. Sin embargo, no todos los investigadores que llenaron esa etapa fueron simples coleccionistas.

Como un ejemplo clásico del nivel alcanzado por la investigación arqueológica en esos tiempos, Monteverdia reedita el informe de la excavación realizada en El Caney del Pesquero, montículo residuario enclavado en el sur de Camagüey, a pocos kilómetros al este de la desembocadura del río San Pedro, en el actual municipio de Vertientes (Memorias de la Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey IX: 229-236. 1936). La investigación fue llevada a cabo por el Dr. Antonio Navarrete Sierra, profesor de la

Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, e integrante de ese selecto grupo de investigadores cubanos que revolucionaba dicha ciencia en el país.

El trabajo que reproduce Monteverdia en este número, tipifica y cierra toda una etapa en el desarrollo de la ciencia, caracterizada por el Dr. Fernando Ortiz, en su obra ya citada (1935: 2) con estas palabras: *"La arqueología prehistórica de Cuba, está todavía, por falta de una sistematización científica de los descubrimientos de este siglo y el análisis de sus posibles consecuencias, llena de ideas ya insostenibles, realmente arcaicas"*.

Sin ser tampoco un profesional de la Arqueología, como él mismo declara en la memoria ya citada, que presentó ante la Sociedad Cubana de Historia Natural "Felipe Poey" y que fuera publicada en la revista de la propia institución el 13 de enero de 1936, el Dr. Navarrete constituye un modelo de aficionado preocupado por la aplicación de las técnicas más avanzadas de que se disponía en la época, que no se dedicó al coleccionismo de piezas llamativas, como tantos otros, y que buscó el apoyo de científicos e instituciones respetables para la valoración rigurosa de los hallazgos. Reunía en sí, muchas de las cualidades que caracterizarían la nueva horda de investigadores que se habría paso en esta ciencia.

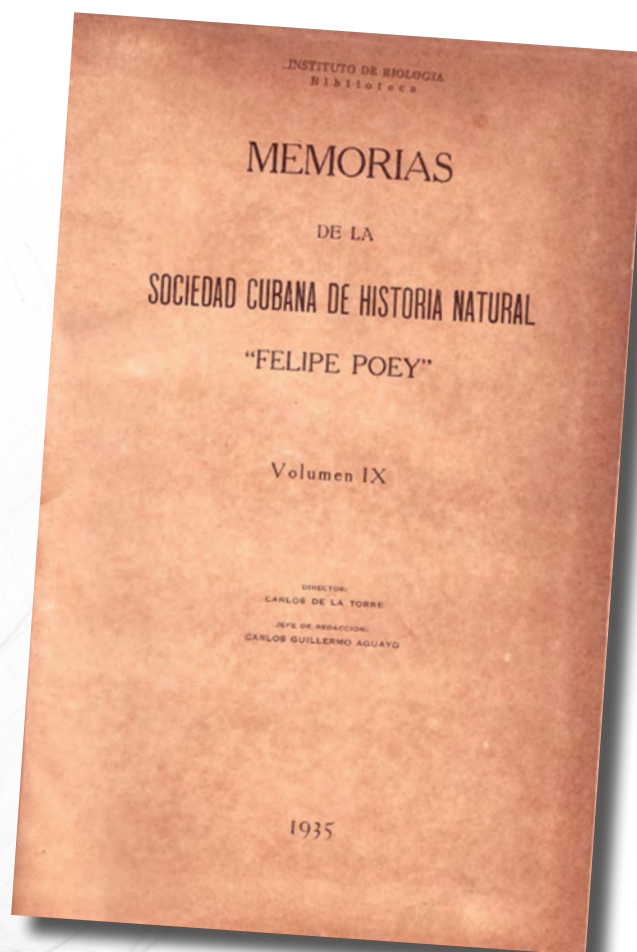
La creación de la Comisión Nacional de Arqueología en 1937, que

pasó a denominarse Junta Nacional de Arqueología en 1941, representa la culminación del esfuerzo de este grupo por elevar la ciencia arqueológica a un primer nivel en el país. En lo adelante, una nueva tropa de investigadores, influidos y patrocinados por el Dr. Fernando Ortiz, que incluyó, entre otros, a René Herrera Fritot, José García Castañeda, Carlos García Ribiau y Felipe Pichardo Moya, sería la encargada de introducir elementos de la Etnografía Comparada, la concepción analítica y la utilización de datos históricos en su labor científica. Ellos recogerían la herencia de quienes dieron los primeros pasos y la llevarían a un nivel cualitativo superior.

Esa nueva generación mantuvo muchas de las limitaciones que hasta ese momento había presentado la Arqueología Cubana, pero tuvo el mérito de llevar adelante el peso de la actividad investigativa y el desarrollo metodológico de la disciplina durante el período que se iniciaba. Debe destacarse en este marco la labor de Felipe Pichardo Moya, quien llegó a proyectar una visión amplia y sensiblemente objetiva de la sociedad indocubana. A él se debe también el nuevo impulso que tomaron los trabajos arqueológicos en Camagüey en las décadas del 40 y 50. Ese constituye un tema que necesariamente tendrá que ser abordado en el futuro inmediato, con más detalle, en las páginas de Monteverdia.

Con la reproducción de este artículo

lo, Monteverdia desea llamar la atención sobre el montículo residuario de Caney del Pesquero, pues después de la visita del Dr. Antonio Navarrete Sierra, no siempre se ha manejado de la forma más adecuada y sin dudas, deberá ser objeto de máxima atención por el proyecto *"Aplicación de un enfoque regional al manejo de áreas costeras y marinas protegidas en los archipiélagos del sur de Cuba"* que, con financiamiento del GEF – PNUD, se ejecuta bajo la dirección Centro Nacional de Áreas Protegidas.



ción por los aficionados a exploraciones arqueológicas. Muy recientemente ha visto la luz un interesante trabajo de Pichardo Moya⁽¹²⁾ sobre la etnología precolombina regional.

Nuestro interés en la arqueología cubana, nacido al calor de estudios de la historia patria, nos movió a realizar una investigación por cuenta propia, eligiendo como campo de nuestras actividades la costa sur de Camagüey, tierra de promisión arqueológica desde Rodríguez Ferrer, por la circunstancia de contar con la amistad de personas residentes en ella. Con esta idea nos dirigimos al Sr. Nicolás Brunet, distinguido hombre de negocios de Júcaro y apreciado amigo nuestro, cuyo interés logramos despertar al punto, como espíritu curioso y admirador de los empeños culturales.

Su residencia en el pintoresco puerto de Júcaro, lugar de concurrencia de pescadores y marineros de las embarcaciones que hacen el tráfico costanero, gente que por razón de su oficio conoce bien la costa con sus ensenadas, esteros, etc., le permitió recoger en corto tiempo diversas versiones sobre la existencia de *caneyes* por aquella zona.

Es verdaderamente notable la persistencia de tradiciones entre la población de ciertas regiones de nuestra República, relativas a lugares de enterramiento de nuestros indios, extinguidos hace cuatro siglos. Por *caneyes de muertos* eran conocidos esos lugares en tiempos de Rodríguez Ferrer y lo son hoy todavía. Guiado por esas tradiciones localizó Cosculluela el *mound* de Guayabo Blanco, según él refiere, y ellas nos han servido a nosotros de indicios.

Entre las versiones recogidas por nuestro amigo Brunet le ofreció mayor garantía la del Sr. Eladio Páez, hombre criado en la costa, muy práctico en ella y de oficio patrón de pesca. Con los datos aportados por él y las indicaciones del Sr. Félix Castillo Escalante, digno veterano de la Guerra de Independencia y antiguo piloto de cabotaje, se planeó una expedición al estero Manatí, situado a cuarenta y siete millas al S. E. de Júcaro, próximo a la desembocadura del río San Pedro (figura 1).

Ya dispuesto todo, aprovechando el que estas líneas escribe los tradicionales días de asueto de la Semana Santa para su escapatoria arqueológica, se trasladó a Júcaro, punto de partida de la expedición, de la que formaban parte los señores Brunet, Castillo, el práctico Páez y un grupo de entusiastas jucareños, tripulando la lancha "Olga", propiedad del Sr. Jerónimo Marín, quien la facilitó para el viaje, acompañándonos en el mismo.

EL CANEY DEL PESQUERO

Exploración arqueológica en la costa sur de Camagüey

POR EL DR. ANTONIO NAVARRETE SIERRA
De la Facultad de Medicina, Universidad de la Habana.

Señores Miembros de la Sociedad Felipe Poey:

Tengo hoy el privilegio de dirigirla la palabra para dar cuenta del hallazgo de un *caney de muertos* en las proximidades del estero Manatí, situado en la costa sur de la provincia de Camagüey, a algunas millas de la desembocadura del río San Pedro.

El descubrimiento de restos funerarios pertenecientes a la raza aborigen de Cuba data de 1847, en que Rodríguez Ferrer,⁽¹⁾ explorando un cayo situado en un estero de la costa sur de Camagüey, encontró fragmentos de huesos, entre ellos una mandíbula que resultó ser de gran antigüedad.

En 1850, Francisco Rodríguez y Andrés Poey⁽²⁾ exploraron lugares de enterramientos atribuidos a indios, en las proximidades de Morón.

En la obra de Harrington⁽³⁾ aparece una referencia a tometones terrosos, observados por E. G. Squier⁽⁴⁾ desde la ventanilla de un tren, situados a lo largo de la vía entre Jovellanos y Unión, los cuales se le autojaron ser túmulos funerarios, sin que nunca fuera confirmada esta fugaz observación.

Posteriormente, Montané,⁽⁵⁾ La Torre,⁽⁶⁾ Rodríguez⁽⁷⁾ y otros han reportado hallazgos de osamentas pertenecientes a indios, en cavernas situadas en distintos puntos de la Isla.

En 1913 despertó gran interés el descubrimiento por Cosculluela⁽⁸⁾ de un *caney de muertos* en una de las costaneras de la Ciénaga de Zapata. A este autor y a F. Ortiz^(9,10) se deben descripciones precisas del llamado "*caney de Guayabo Blanco*".

Las exploraciones de Harrington, llevadas a cabo bajo los auspicios de la Fundación Heye, abren una nueva era en la arqueología cubana.

Mestre,⁽¹¹⁾ Treles Duelo⁽¹²⁾ y otros compatriotas se han distinguido con brillantez en este campo.

En los últimos años la costa camagüeyana ha sido objeto de aten-

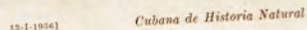


Fig. 1.—Situación del estero Manatí, en la costa S. de la Prov. de Camagüey.

Después de una travesía de nueve horas llegamos al estero Manati, confirmando los datos que sobre la existencia del *caney* teníamos con unos pescadores habitantes de un rancho, en la boca del estero. El lugar es conocido entre aquella gente por el "Caney del Pesquero", por estar situado en la ruta que conduce a un pesquero de la finca Ojo de Agua.



Fig. 2.—Ruta del estero Manatí al camp.

[Vol. 9, No. 4]

Remontando el estero hasta el punto en que deja de ser navegable, desembarcamos en la margen E. del mismo, procediendo nuestro práctico a localizar el *canev*. Logrado esto con alguna dificultad resultó estar situado a algo menos de una milla del fondo del estero, hacia el E., en pleno manglar, al S. del lindero de la finca La Lima y al O. del de la finca Ojo de Agua (figura 2). La marcha desde el punto de nuestro desembarco hasta el *canev* fué muy penosa, habiendo necesidad de abrir paso a filo de machete por entre la vegetación propia de la costa y entorpeciendo el avance los innumerables troncos derribados por el ciclón que hace pocos años devastó aquella zona, el mismo que ocasionó la memorable catástrofe de Santa Cruz del Sur.

EL CANEY DEL PESQUERO

El *caney* aparece como una pequeña elevación del terreno, de contorno irregularmente circular. Llama la atención al menos experto el carácter distinto de la vegetación en aquel lugar, ofreciendo el aspecto de un pequeño cayo de monte en medio del manglar, en el que los mangles y patabanes aparecen sustituidos por guanos, júcaros, jobos, etc.

Esta elevación está formada por tierra prieta suelta, casi pulverulenta, conteniendo gran cantidad de conchas de babosas. Mide treinta y cinco metros de N. a S. y cincuenta de E. a O. Practicamos una excavación en el centro, pudiendo comprobar su disposición en capas superpuestas, de la superficie a la profundidad: capa vegetal, estrato terroso conteniendo gran cantidad de huesos humanos, capa de conchas de babosas mezcladas con tierra, de unos veinte centímetros de espesor, estrato profundo de tierra, descansando sobre el barro que forma el terreno natural. La altura del lometón resultó ser de un metro. La disposición regular de sus capas y la misma naturaleza de los materiales de que está formado, ajenos al terreno en que asienta, indican ser obra del hombre.

La exploración de la superficie nos permite observar gran número de conchas de caracoles marinos, mostrando casi todas ellas una perforación circular. Estas conchas son particularmente abundantes en los contornos del Iometón, formando en algunos puntos pequeños montones. Pudimos recoger también varias bolas de piedra, de forma perfectamente esférica y de diámetro variable entre dos y seis centímetros. El señor Brunet encontró un objeto de piedra de forma ovoide, de cinco y medio por tres y medio centímetros, el cual exhibe en ambos polos pequeñas muescas, producidas evidentemente por

19-1-1938]

Cubana de Historia Natural

golpes repetidos, indicando su empleo como instrumento percutor. Recogimos también varios fragmentos de sílice de forma irregularmente triangular, exhibiendo facetas, los cuales recuerdan a los descritos por Harrington y otros autores como puntas de flecha. Aparecieron también otros fragmentos de piedra dura, facetados, de forma irregular, sin que pudiéramos deducir su probable empleo. Una piedra de forma conoide, alargada, a la que faltan algunos fragmentos, recuerda una mano de mortero (*pestle*) deteriorada. Por último, encontramos un fragmento, de forma irregular, de un caracol marino de gran tamaño (*Strombus gigas*). El señor Castillo halló un fragmento de piedra de forma aplanada, de tres y medio centímetros de espesor, el cual parece haber sido roto en fecha reciente, y que a él se le antoja resto de un burén.

En ningún punto encontramos fragmento alguno de cerámica.

A partir de la excavación central hicimos practicar una zanja orientada de N. a S., la que nos permitió descubrir numerosos huesos humanos: fragmentos de mandíbulas conservando intactas las piezas dentarias, vértebras, huesos planos del cráneo, fragmentos de coxales, huesos largos de las extremidades, etc. Entre estos últimos figura una tibia, la cual muestra ser de valor antropológico. En fecha próxima nos proponemos presentar un estudio detenido de ella.

Logramos también obtener parte de un cráneo, la correspondiente a la bóveda, en la que conservan los huesos sus relaciones normales; así como otra correspondiente a la mitad del cráneo y la cara, con los huesos dislocados por efecto quizás de la presión que sobre ellos ejercieran las raíces de un árbol, derribado luego por el huracán, a cuyo pie fué encontrada.

Ambos ejemplares nos permitieron cerciorarnos de la ausencia de deformación por aplanamiento frontal. Desgraciadamente, estos cráneos se nos redujeron a fragmentos al pretender desembarazarlos de la tierra que los recubría y llenaba. Todos los huesos presentan el aspecto de una gran antigüedad, siendo sumamente quebradizos y estando incrustados de una capa terrosa, muy difícil de separar. El examen microscópico del hueso compacto permite todavía apreciar la disposición estratificada de las laminillas óseas, habiéndose perdido todo otro detalle estructural.

La abundancia de osamentas en este caney le confiere un gran valor antropológico, por lo que merece ser visitado y explorado a fondo por los que cultivan con dedicación estos estudios. Basta remover un poco la tierra para descubrirlas en toda la extensión del

233

Memorias de la Sociedad

[Vol. 9, Nº 4

mond. Esta misma abundancia nos movió a estar al tanto de posibles caracteres patológicos en algunos de los huesos examinados, sin que pudiéramos comprobarlos. Sólo como detalle de interés señalaremos la sacralización de la última vértebra lumbar, apreciable en un fragmento de columna vertebral.

En cuanto a la disposición de las osamentas no nos pareció constante su orientación de E. a O. que señalan los autores. Lo que sí nos pareció comprobar fué la mayor abundancia de huesos pequeños hacia el centro del túmulo, en comparación con los situados hacia la periferia, lo cual nos hace preguntarnos si el centro del monumento estaría reservado a los cadáveres de mujeres y niños. En este mismo punto céntrico nos llamó poderosamente la atención la abundancia de esferas de piedra, de diversos diámetros, de superficie pulida, encontradas entre los huesos. Recogimos un fragmento de cráneo que comprende el temporal y parte del occipital, el cual presenta una de estas bolas alojada bajo la apófisis mastoide y como cementada al hueso por la tierra endurecida. El hecho de que estas esferas de piedra fueran aparentemente depositadas junto con los cadáveres les imparte cierto carácter simbólico más bien que el de objeto de adorno o de juego.

TESTIMONIOS DE EXPERTOS

Al regreso de nuestra excursión arqueológica sometimos nuestros hallazgos al juicio autorizado de D. Carlos de la Torre, el maestro en la naturaleza cubana, teniendo la satisfacción de ver corroboradas nuestras presunciones respecto al origen de los objetos encontrados, así como confirmadas algunas de nuestras deducciones y rectificadas otras.

Aprovechando nuestro reciente viaje a los Estados Unidos, sometimos también los *specimens* recogidos al examen de los expertos del Museo del Indio Americano, Fundación Heye, habiéndome sido enviado un informe relativo a los huesos por el Dr. Bruno Oettking, del Dpto. de Antropología Física, el cual transcribimos a continuación, vertido al castellano.

Dice el doctor Oettking:

"Los huesos sometidos a examen consisten en dos fragmentos craneales, dos fragmentos mandibulares y una vértebra torácica.

"El hueso frontal es de estructura un tanto delicada, como asimismo los fragmentos mandibulares menores, y la vértebra, en apariencia, una segunda vértebra dorsal.

"El fragmento occipital, con el temporal adjunto, es marcadamente

234

13-1-1936]

Cubana de Historia Natural

más robusto, particularidad que presenta también el fragmento mandibular mayor.

"El primer *specimen* puede haber pertenecido a una mujer, el segundo, a un hombre. Esto parece confirmado también por el menor tamaño de los dientes en la mujer, al paso que en ambos la forma en pala de los incisivos indica su origen indio, así como también la anchura mínima frontal (*minimum frontal breadth*). Los dientes están en excelente estado de conservación, lo cual es también una característica india. Ambos fragmentos óseos parecen haber pertenecido a individuos adultos, de cuarenta años de edad aproximadamente."

CONCLUSIONES

Del análisis de los datos expuestos hemos llegado a las siguientes conclusiones:

Nuestros hallazgos en el lugar conocido por "Caney del Pesquero", en las proximidades del estero Manatí, próximo a la desembocadura del río San Pedro, en la costa S. de Camagüey, nos permiten afirmar que allí existe un túmulo funerario (*burial mound*) de la raza aborigen indocubana. En apoyo de esta afirmación presentamos el dictamen de autoridades nacionales y extranjeras.

La ausencia de deformación craneana y la escasez y rudeza de los implementos hallados indicaban, según las ideas de Harrington, que los constructores de este monumento pertenecieron a la raza ciboney y que de individuos de esta raza son las osamentas contenidas en el mismo.

La naturaleza de la localidad hace suponer que los indios pescadores de la región, habitantes quizá de construcciones lacustres, formaran este túmulo para depositar sus muertos sobre una elevación artificial a fin de preservarlos de las aguas, por ser anegadizo el terreno circundante.

La abundancia de conchas perforadas de caracoles marinos empleados por estos indios en su alimentación sugiere la existencia en otro tiempo de habitaciones en el *caney* o en su proximidad inmediata, a menos que no se trate de ofrendas a los muertos.

Damos por terminada esta breve reseña haciendo constar nuestro reconocimiento a todos los que con tanto entusiasmo nos ayudaron en nuestra empresa, particularmente al señor Brunet, organizador de la expedición y de cuya hospitalidad disfruté, así como al bondadoso D. Carlos de la Torre por la atención que nos prestó cuando au-

235

Memorias de la Sociedad

«dimo a relatarle nuestros hallazgos, animándonos a darles publicidad. Gracias también a vosotros, señores miembros de la Sociedad Felipe Poey, por el honor que me habéis hecho al reunirnos para escucharme y por la benévola acogida que me ha sido dispensada.

SUMMARY

The author reports to Sociedad Cubana de Historia Natural Felipe Poey the finding of an indian burial mound in the coastal swamps near the mouth of San Pedro river in Camagüey, Cuba.

Bones and crude implements found suggest the ciboney race as the builders of this mound.

Dr. Carlos de la Torre, foremost cuban naturalist and anthropologist and Dr. Bruno Oettinger, Curator of Physical Anthropology of the Museum of the American Indian, New York, have examined the specimens and corroborated the author's opinion as to their origin.

REFERENCIAS

- (1) - Rodríguez Ferrer, M. — *Naturaleza y Civilización de la Grandiosa Isla de Cuba*, Madrid, 1876.
- (2) - Rodríguez, Fco. y Poey, Andrés. — Citados por (1).
- (3) - Harrington, M. E. — *Cuba Before Columbus*, edited by F. W. Hodge, Museum of the American Indian, Heye Foundation, New York, 1921.
- (4) - Squier, E. G. — Citado por (3).
- (5) - Montane, L. — *Le Homme de Sancti Spiritus (Ile de Cuba)*, Extrait de Comptes Rendus du XIII Congrès International de Anthropologie et de Archéologie Préhistoriques, Sessions de Monaco, 1908, Monaco, 1908.
- (6) - La Torre, Carlos de. — Conferencia Científica. An. Acad. Cienc. Méd., Fis. y Nat., t. XXVII, pp. 325. La Habana, 1890.
- (7) - Rodríguez, F. J. — Citado por (3).
- (8) - Corcuera, J. A. — *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata*, La Habana, 1918.
- (9) - Ortiz, F. — *Los Caneyos de Muertos*, Cuba y América, Nov.-Dic., 1915.
- (10) - Ortiz, F. — *Historia de la Arqueología Indocubana*, Cuba Contemporánea, septiembre y octubre de 1922, tomo XXX, números 117 y 118.
- (11) - Mestre, A. — *La Antropología en Cuba y el conocimiento de nuestros Indios*, Anales de la Academia de Ciencias, Habana, mayo de 1925.
- (12) - Frelles Duclou, L. — *Cómo hallé los restos del primer poblado indio en el cuicento de Magón*, Mem. Soc. Cub. Hist. Nat., vol. 8, 1924.
- (13) - Pichardo Moya, F. — *El Camagüey Precolombino*, Revista Bionestre Cubana, vol. XXIII, número 2, p. 182.
- (14) - Oettinger, R. — *Departamento de Antropología Física del Museo del Indio Americano*, Fundación Heye, New York. Comunicación personal al autor.

OBRAS CONSULTADAS

- Las Casas, Fray Bartolomé de. — *Historia de las Indias*.
Oriedo y Valdes, Gonzalo Fernández de. — *Historia General y Natural de las Indias*, Madrid, 1851.

236